

joven, pálido, de cara larga, con aspecto de San Luis de Gonzaga, lloraba tristemente y habría querido hacer caer sobre nosotros los rayos que consumieron á Coré, Datán y Abirón.

El mismo día salimos para Guadalajara, llevando preso al padre Santillán. El pueblo se nos mostró tan hostil, que no vimos una sola cara amable ó ceñuda que nos deseara buen viaje ó calamidades próximas; todo estaba cerrado, triste, quieto, sin movimiento, como si la ciudad hubiera muerto y acabara de ser desenterrada.



CAPITULO XI

Un hachero

ERA flacucho; su fisonomía, de rasgos vulgares, no inspiraba temor ni causaba espanto, ni servía de coco á los niños; su andar era acompasado y su voz apagada; padecía eso que llaman *ternura de ojos*, granulaciones de los párpados que hacen lagrimear constantemente y obligan á hacer muecas involuntarias, moviendo labios y narices.

Para dar una orden empleaba circunloquios y rodeos, de modo que no pareciera que se imponía; usaba pocas veces el traje militar y casi siempre el ciudadano; no llevaba melena, no se vestía estrepitoso ni llamativo, no hacía alarde de conocimientos, ni de autoridad, ni de valer.

Su ciencia en lo que hoy llaman exégesis, era inmensa.

Había leído todos los libros que hasta entonces se habían escrito sobre la materia, y poseía opiniones propias sobre casi todos los puntos controvertidos. En el año de cincuenta y cinco, cuando empezaron las primeras manifestaciones de la tremenda revolución, el obispo de Guadalajara publicó una pastoral asegurando que el Gobierno era impío, y él, gobernador á la sazón, sostuvo que se acababa el dogma en todos sus ápices.

¿Cómo aquel oscuro empleado de la clavería de la catedral de Morelia, llegó á penetrar las altas cuestiones que ligaban al dogma y á la vida social? ¿Qué libros leyó, qué conversaciones tuvo, qué amigos frecuentó, quién fué su guía, quién su maestro y quién su mentor?

No lo sé; pero sí sé que don Nemesio Santos Degollado, cuyo es este retrato, era uno de los más raros ejemplares de aquella época.

Cuando se habla de los reformistas, se piensa que andaban siempre «con el acero en la mano y la blasfemia en la boca», derribando iglesias, quemando imágenes y destripando sacerdotes. Y no era así; muchos había, y uno de ellos era Degollado, que creían hacer y tal vez hacían obra cristiana sujetando el poder del clero, volviéndolo á la sencillez evangélica, repartiendo la enorme riqueza acumulada y cambiando el modo de ser de la nación.

Degollado, no sólo era creyente, sino observante; diariamente rezaba un rosario, hacía decir misa para sus

tropas y cuidaba de que nadie blasfemara, ni faltara á la verdad, ni dejara de cumplir con los deberes de caballero cristiano.

Cuando me presentaron á él, estaba en su alojamiento



de la villa de San Pedro. Me vió con curiosidad á través de sus anteojos ahumados, y me invitó á sentarme.

— He sabido, me dijo, el comportamiento del señor capitán La Llana y su decisión por los buenos principios; he tenido conocimiento de su deseo de seguir sirviendo en el ejército, y he pensado que le alentaría en sus buenos propósitos un ascenso que tiene bien merecido... Desde hoy figura usted como comandante de batallón y adscrito á mi Estado mayor.

Dí las gracias al General en términos calurosos, y él me interrumpió diciendo:

— No tiene que agradecerme á mí, sino al período agitado en que nos encontramos. A buen seguro que si estuviéramos en tiempo de paz, diera usted estos saltos; pero cuando *macheteros* sin antecedentes se encumbran llamándose por sí y ante sí generales, ó por lo menos coroneles, no hay razón para no alentar á los pocos hombres decentes que vienen de nuestro lado, animándoles aunque sea con el husmo de grados que poco dejan.

Si fuera un poco mentirosillo, nada más que un poco, y esta narración no fuera la pura y desnuda verdad, aquí pondría la relación de portentosos hechos de armas en que intervine, destruyendo ejércitos, capturando convoyes y dando muestras de serenidad é hidalguía.

Los días que duró el primer sitio de Guadalajara, estuve empleado en la Administración militar, haciendo unos cuadritos de tinta roja con letrita gótica explicando la cantidad de acémilas, carros, cañones, balas y obuses que teníamos, pues Degollado era en esto miradísimo, como que no quería que se le tildara de despilfarro ni de tolerancia en el robo.

Las hazañas de Cruz Aedo, de Núñez, de Blanco y de sus rifleros y de todo el ejército liberal, las supe de oídas; no voy, pues, á contar lo que me contaron, sino lo que ví:

Molidos y hechos pedazos, pero, eso sí, chanceros y

bromistas como buenos mexicanos, emprendimos el viaje á Colima, donde debíamos aguardar á las huestes de Miramón, que nos iban pisando los talones.

Se había acabado el acarreo de trenes y cañones, que había sido penosísimo, y apenas descansábamos en el fondo de la barranca de Atenquique cuando un cañonazo vino á ponernos en alarma. Nuestros espías nada sabían, la retaguardia estaba íntegra; pero no cabía duda de que, á pesar de todo, Miramón se había movido con vertiginosa actividad.

El Estado mayor miraba el descenso de los últimos trenes, y yo, con mis viejas tendencias al ensueño, calculaba la fuerza extraordinaria que había abierto aquel antro, que parecía hecho por la clava de un gigante, cuando recibí orden de Degollado para prevenir al general Núñez, que alistara todo para el combate anunciado.

Aquel hombre cortesano, guapo, bien criado, que caminaba á la campaña llevando su tina de baño y sus útiles de tocador, á la aproximación del peligro se había transformado convirtiéndose en un león. Ordenó sus tropas, las colocó en los claros de la hondonada, resguardándolas cuanto le era dable de los tiros de cañón y de la fusilería, y aguardó el ataque como podía haber esperado la visita del más cordial de sus amigos.

La ventaja era de los conservadores; desde la altura

disparaban una lluvia de balas que abría enormes claros en nuestras filas. Pero la gente no se movía y esperaba á pie firme la acometida, que no tardó en llegar.

Desde nuestra atalaya divisábamos los grupos, pero no veíamos nada; el humo de la pólvora nos cegaba los ojos, los gritos de rabia ó de gozo nos atronaban los oídos, las quebraduras del terreno nos impedían ver los detalles de la acción.

El jefe, con su catalejo ante los ojos, daba señales de impaciencia ó de aprobación, se empinaba en los estribos ó tronaba los dedos como disgustado, pero nada decía. Las filas anónimas continuaban el fuego; mas no como en los simulacros, sino con intermitencias, con espacios apreciables, sin la regularidad geométrica de lo aprendido y de lo meditado.

Hubiera querido bajar á la llanura y tomar parte en la disputa, pero no podía; me encadenaba mi deber al lado del General. Me cansaba formarme idea de lo que sucedía como se forma idea de lo que sucede en la tierra el gavilán que vuela por los aires. Sólo veíamos atravesar de aquí para allá, á toda prisa, lanzando gritos que no podíamos entender, agitado, nervioso, febril, á un jinete que caracoleaba en un caballejo manchado y que blandía la espada sin cesar. De repente vimos que el jinete caía, que le rodeaban otros muchos hombres y que un clamor, no sabíamos si de júbilo ó de horror, acogía aquel descenso.

Don Santos, quitándose el catalejo de los ojos, me dijo impaciente:

— Han matado á Núñez ó lo han herido gravemente; corra usted á ver qué pasa.

Bajé la eminencia, puse mi caballo al galope y me encontré á Núñez nuevamente á caballo, otra vez gritando, ordenando con la voz y la espada, terrible, agitado y lleno de ira.

Lo que es oír en el suelo un repique sonoro, triunfal y glorioso, en que se unen las notas graves de las grandes campanas á las agudas de las esquilas; y oírlo en lo alto de la torre, cuando parece que los badajos de los bronces mayores van á romper el tímpano y los de los menores á taladrar la cabeza; eso es ver y oír una batalla desde una altura y contemplarla de cerca.

¡Qué confusión, qué estrépito, qué voces tan discordes y desconocidas se escuchaban! Los regimientos se mezclaban á los regimientos, los batallones á los batallones, la caballería á la infantería, los rancheros y las viejas á la gente que peleaba.

Iba de vencida nuestra gente; pero retrocedía poco á poco, sin desorden y sin prisa. Desde abajo veíamos una inmensa arboleda, un camino que serpeaba por entre la maleza, y unas cuantas cosas que aparecían en el plan; pero no distinguíamos la artillería que tronaba, ni la tropa emboscada, ni los verdaderos elementos de la acción.

De repente el núcleo liberal se desbarató con ese característico desmoronamiento de las masas faltas de



D. JOSÉ S. NÚÑEZ

cohesión, y comenzó á ascender al lado inverso del que ocupaban los tacubayistas.

Un joven delgado, de ojos centelleantes, de ademán atrevido, Vélez, se pone á la cabeza de su gente y persigue á los constitucionalistas. Sube cuatro tramos del caracol, llega al cuarto, pero se rehacen los contrarios y rechazan con ímpetu la embestida.

Al fin cesa de oirse el fuego de la fusilería y hasta los gritos de los combatientes; vuelvo la cabeza creyendo que las hostilidades se han suspendido, y veo á las dos fracciones furiosas, confundidas, mezclados azules con blancos, infantes con jinetes.

Llego á lo alto del lugar de observación y Degollado me dice:

— Se tardó usted tanto, que tuvieron tiempo de martarle otra vez el caballo á Núñez. También Escobedo perdió el suyo; pero él está ileso. ¡Bendito sea Dios!... Ya bajan los enemigos, ya nos dejan.

La obscuridad venía á toda prisa, después de ocho horas de lucha terrible en que se habían agotado las energías y el *parque*, pero no el valor.

Todavía resonaron dos cañonazos y un ruido aislado de fusilería, pero no se volvió á oír más. La noche, como siempre, puso fin á la disputa, haciendo el papel de extinguidora de odios y maldades.

